

# Fundamentos de la espiritualidad

Consciente la Iglesia de la necesidad de una acción organizada de los laicos en diferentes ámbitos de la sociedad (lo que solemos llamar genéricamente la vida pública), tales como el político, educativo, social, cultural y económico, a instancias de la Santa Sede, fundada por el P. Ángel Ayala y desarrollada poco después por don Ángel Herrera Oria, nacerá oficialmente el 3 de diciembre de 1909, festividad de San Francisco Javier, la Asociación Católica Nacional de Jóvenes Propagandistas, que durante más de un siglo ha prestado (y aún sigue haciéndolo) a la Iglesia y a la sociedad española un inconmensurable servicio.

Al igual que las actuales, las primeras décadas del siglo xx fueron tiempos recios, de cambio y de retos importantes para los católicos. En la Iglesia se percibía, cada vez con una mayor nitidez, la necesidad imperiosa de que, no solo los sacerdotes, sino sobre todo los propios seglares, llevaran a cabo una intensa labor de apostolado. Se trataba, por tanto, de que desde los ámbitos donde actuaban habitualmente los laicos según su condición, se pudiese llevar a cabo una fructífera labor evangelizadora y de ordenación a Dios de la vida política, social, cultural y económica. En este sentido, en una de sus muchas conferencias, pedía Ángel Herrera a los asistentes que les ayudasen a «restaurar las cosas en Cristo, que es el fin de la Asociación» (1909, O. C., vol. V, p. 5).

Pero, desde sus inicios, esta asociación de seglares, transformada en Asociación Nacional Católica de Propagandistas y luego, hasta el día de hoy, en Asociación Católica de Propagandistas (ACdP), evidenció que dicha tarea en la vida pública no podía entenderse como algo separado de la vida espiritual del conjunto de sus miembros y de cada uno de ellos en particular. La frase que se atribuye a su promotor, el P. Ángel Ayala («Vamos a ver lo que quiere Dios Nuestro Señor que salga de aquí»), al tiempo que lanzaba el proyecto, ponía ya de manifiesto esa estrecha vinculación. Así, el propagandista debe entender que la acción -cualquiera

que realice-, sin oración ni reflexión es ciega, y al igual que la vid separada de los sarmientos no puede dar fruto, así tampoco puede ofrecerlo el laico que escinda ambas cosas en su vida cotidiana.

Ya en 1926, el P. Ayala llamaba la atención acerca de los males que acarrea la falta de vida espiritual, tanto para uno mismo, como para la Asociación y la Iglesia. Y recordaba el desfallecimiento que, con su carencia, experimentaría el propagandista en el ejercicio de su labor apostólica (*Boletín* nº 25, octubre de 1926, pp. 1-2).

Por eso es necesario que el miembro de la Asociación se preocupe de su vida espiritual, su relación personal con el Señor, sabiendo que difícilmente se puede hacer una labor apostólica coherente y fructífera hacia el exterior, hacia lo público, si previamente no cuida, con ayuda de la gracia divina, su camino personal hacia la santidad.

Pareja atención, paralela a la consagrada a la vida pública, debe observar hacia aquellos que están más cerca de él y quedan por tanto bajo su responsabilidad evangelizadora y apostólica, los cuales pudieran verse afectados positiva o negativamente por su propio testimonio. Parafraseando el Evangelio, de poco le serviría al propagandista ganar el mundo, si se olvidase de aquellos a quienes el Señor le encomienda o pone a su lado (familiares, amigos, compañeros del centro, empleados, alumnos, etc.), aunque, en su condición de miembro de la Asociación, deba completar esta tarea con una acción mucho más amplia de carácter docente, institucional, social, político o cultural.

\* \* \*

La Asociación Católica de Propagandistas viene definida en sus Estatutos como «una asociación privada de fieles laicos», estrechamente vinculada a la Iglesia («erigida por la Conferencia Episcopal Española», dice el texto). Ambos aspectos señalan las coordenadas de su naturaleza y acción. Esta última dirigida, tal es de hecho su especial carisma, al apostolado en la vida pública y a promover la cooperación y coordinación de los católicos en la sociedad. Como afirman los Estatutos (I, 1), sus miembros «quieren responder a su vocación a la santidad mediante la evangelización de la vida pública y la ordenación de las estructuras sociales, según las exigencias del Reino de Dios». En 1928, don Ángel Herrera afirmaba

taxativamente que «la vida interior del propagandista es intensa; y para que tenga a la vez la debida eficacia que se desea, es menester que sea también intensa la exterior» (OC, V, p. 278). Y, en 1934, el P. Ayala recordaba dirigiéndose a los propagandistas:

Si vosotros os persuadís no solo especulativamente, sino de una manera práctica, de que de verdad el alma de la Asociación está en el espíritu, tendréis obra para muchos años; irá creciendo la Asociación, la Asociación hará obra verdaderamente fecunda; y si no lo hacéis así, cada vez tendréis más dificultades, cada vez tendréis más peligros (*Boletín*, 185, p. 5).

Como cristianos, los propagandistas han de tener siempre presente que la realización de dichos objetivos, debe tomar como punto de partida la práctica de una vida espiritual profunda, sin la cual sus esfuerzos apostólicos en el terreno que se apliquen resultarán a todas luces estériles.

Pero la vida espiritual debe ser cultivada personal y colectivamente, y a este fin la Asociación debe proveer permanentemente a sus miembros de los medios adecuados para ello. El Consiliario y Viceconsiliario nacionales y los consiliarios de centro desempeñan a este respecto un papel fundamental.

En cualquier caso, son cauces para el avance y profundización de esta vida espiritual los siguientes:

## **1. La oración individual**

Constituye un elemento clave, sin el cual los demás resultarán infecundos y desprovistos de su verdadero sentido. La oración, en las variables formas que ha propiciado la Iglesia a lo largo de los tiempos (oraciones tradicionales, sin esquema previo, reiterativas, meditativas, etc.), es la que permite una comunicación permanente del propagandista con el Señor, una relación de amistad, confianza, agradecimiento por los dones y bienes recibidos, de súplica y mediación en favor del prójimo. Debe llevarse a cabo preferentemente en un ambiente de recogimiento, silencio y, siempre que sea posible, delante de Jesús Sacramentado. Son muchas cosas las que lo perturban hoy en día: carencia de espacios adecuados, exceso de ruidos, falta de tiempo e incapacidad para la concentración, etc. Es importante que la oración personal se haga ahuyentando, hasta donde sea posible, las distracciones y las ideas que fluyen

incontroladas por la cabeza (la loca de la casa, como le llamaba Santa Teresa de Jesús). Es necesario por tanto crear un ambiente de silencio interior.

Existe igualmente en la Asociación espacio para «la oración colectiva». Se expresa en la Santa Misa, pero también en la participación en la lectura de las horas (Laudes, Vísperas y Completas fundamentalmente), que suele hacerse al comienzo de las reuniones, precediendo a la celebración de la misa o durante los ejercicios espirituales. El compendio del carisma y la espiritualidad del miembro de la Asociación se halla en la *Oración del propagandista*, con que este suele concluir sus actividades. Cuando se precise recordar nuestros fundamentos, nada será tan provechoso como su relectura orante.

En esta *Oración* se comienza invocando a nuestra patrona la Virgen Inmaculada. Ella es la Madre de Nuestro Señor, quien nos muestra a Cristo e intercede por nosotros a Él. La Asociación tiene también un carácter mariano. La ayuda de la Virgen es fundamental para que las acciones que deban acometerse posean un carácter sobrenatural y no meramente terreno. «Este criterio sobrenatural» –decía Martín Sánchez-Juliá– (es el que) «nos lleva a servir a Dios en su Iglesia sin esperar recompensa terrenal alguna» (1938, *Discursos a la Asamblea*, p. 70).

Aparece igualmente citada en la Oración la Eucaristía como sustento de dicha vida sobrenatural; el verdadero sentido de las actividades del propagandista («la mayor gloria de Dios y el bien de nuestro prójimo»), y sus objetivos: «ordenar todas las cosas a Cristo con la fuerza del Espíritu, el poder de la oración y nuestra presencia en la vida pública», así como «santificar la vida de España y del mundo».

## 2. La meditación

El P. Ayala señalaba: «los propagandistas deberán hacer meditación todos los días». Y añadía que se trataba de «uno de los medios más importantes para la vida espiritual» (*Boletín*, 1926, 25, pp. 1-2). La meditación es compañera inseparable de la oración. Se centra sobre algún breve texto o imagen bíblica, escrito de santo o de carácter piadoso, aunque también suele hacerse, cuando tiene un carácter colectivo, tras la reflexión a tal fin de algún sacerdote. La preparación es similar a la de la oración; con frecuencia la antecede o sucede.

### **3. La participación en la Santa Misa**

Es, como sabemos, el centro de la vida cristiana. Abarca los dos ámbitos, personal y asociativo. Favorece la comunicación individual con el Señor, pero, sobre todo, realiza delante de los participantes, ahora de forma incruenta, el sacrificio único de Jesucristo Hijo de Dios en la cruz para nuestra salvación, por amor. Además, les hace partícipes de él por la comunión y les anuncia la Palabra sobre la que se sustenta la fe del cristiano y de la Iglesia.

Se recomienda al propagandista la participación voluntaria cada día en la Santa Misa y, con carácter obligatorio, los domingos y días festivos del calendario litúrgico. Pero también es necesaria la participación conjunta de los miembros del centro de la ACdP a que corresponda en ella, al menos una vez al mes, facilitando de esta forma la oración comunitaria, la escucha de la Palabra y la participación en la cena pascual al recibir al Señor, que es nuestra fortaleza, nuestra gloria y el modelo de las acciones del propagandista. Es un factor importante de cohesión dentro del centro local.

### **4. La participación en los sacramentos que nos ofrece la Iglesia**

En el punto anterior nos hemos referido a la Eucaristía, alimento sobrenatural y espiritual de nuestra vida como propagandistas. Se debe, pues, acudir a ella libre de pecados graves y con el máximo respeto y agradecimiento, pues es el propio Cristo quien se nos entrega. La Eucaristía constituye la fortaleza del cristiano, afianza su pertenencia a Cristo; es la luz que guía y orienta nuestros pasos.

### **5. La penitencia**

Como sabemos, es el sacramento que nos reconcilia con Dios, la Iglesia y el prójimo, ayudándonos a vivir en la necesaria hermandad que pide la Asociación. El hecho de confesar los pecados nos hace humildes al reconocernos pecadores y hacerlo ante Dios, pero a través de la mediación de un hombre como nosotros, el sacerdote, que en nombre del Señor nos

perdona y nos facilita la reconciliación. Sacramento fundamental, sobre todo cuando existan pecados graves, y que, en cualquier caso, debe ser frecuentado con cierta asiduidad.

## **6. Unción de los enfermos**

Junto a estos dos sacramentos, tanto el del Bautismo como la Confirmación se entienden ya recibidos por el propagandista antes de pertenecer a la Asociación, siendo el resto, bien opcionales (Matrimonio y Orden Sacerdotal), o bien necesario en todos como culminación de toda la vida terrenal, perdón de los pecados y preparación para el encuentro con el Señor (Unción de los enfermos).

## **7. Retiros y Ejercicios Espirituales**

La participación en la Santa Misa y, dentro de ella, en la Eucaristía, vinculada a su vez al sacramento de la Reconciliación, se completa, dentro de la espiritualidad del propagandista, con la práctica de los retiros y los Ejercicios Espirituales. Los primeros, a cargo generalmente del consiliario de centro, procuran a sus miembros, en un lugar tranquilo, una jornada de meditación, oración y reflexión sobre temas que afectan a la vida del cristiano y a su santificación, objetivo último de la acción del propagandista a través del servicio al hombre en la vida pública. Culminarán con la celebración de la Santa Misa.

De mayor duración que el retiro (al menos un fin de semana) son los Ejercicios Espirituales. Es una de las exigencias de la condición de propagandista realizarlos al menos una vez al año (art. 5, 1b, de los Estatutos), para mantenerse como socio activo en el seno de la Asociación. A tal efecto, tanto desde cada centro, como desde el ámbito del Consiliario Nacional, se suelen proponer cada año diferentes tandas de Ejercicios en diversas partes de España.

En tanto que surgidos a partir de la Congregación Mariana de los Luises y de la iniciativa de un jesuita, el P. Ángel Ayala, la ACdP apuesta por un determinado tipo de Ejercicios, avalados con frutos copiosos en la Iglesia Católica desde hace varios siglos. Nos referimos a los llamados Ejercicios ignacianos, basados en los que preparara San Ignacio de Loyola,

que combinan armónicamente el silencio y la meditación sobre diferentes textos bíblicos según las sugerencias llevadas a cabo en la obra que les sirve de base por su autor, con la oración, la Santa Misa, la adoración del Santísimo y el rezo del Santo Rosario.

\* \* \*

Todas estas prácticas deben ayudar al desarrollo del «carisma del propagandista» (el apostolado en la vida pública), distinguiéndole de los carismas de otros movimientos eclesiales. Su espiritualidad no debe confundirse con la de ellos, aunque se tengan objetivos comunes, ni tampoco con la de ninguna orden religiosa, no obstante poseer igualmente puntos concomitantes con su práctica, como la oración, la entrega o la ascética. ¿Cuáles son por tanto las virtudes del propagandista?

1. En primer lugar, «la coherencia», es decir, la conformidad entre pensamiento, conducta y normas de la vida cristiana. El propagandista, por tanto, no puede sostenerse escindido en una doble vida: piadoso en la intimidad, en la vida personal, y sin embargo pagano, olvidado de Dios, descomprometido de las exigencias de su fe en sus manifestaciones en la vida social o pública. Deberá huir como del fuego de una actitud marcada por la hipocresía; es decir, por la utilización del nombre de Dios (segundo Mandamiento) como coartada para el desarrollo de acciones contrarias a lo que en él se significa. En el terreno político ha de valorar a la luz de la conciencia en qué formaciones o partidos le es lícito militar y cuál ha de ser su conducta en ellos para no incurrir en una manifiesta incoherencia.
2. En segundo lugar, «la abnegación y el sacrificio en favor del prójimo», a imitación de su Maestro que se inmoló voluntariamente hasta la muerte en cruz por todos nosotros. Como expresa la referida *Oración del Propagandista*: «Te pedimos abnegación en nuestras obras».
3. «La austeridad», dentro de las exigencias que su profesión y su vida familiar y pública le exijan. El propagandista debe combatir los gastos superfluos, el lujo innecesario y el consumo descontrolado, que nos alejan del modelo de Cristo y pueden escandalizar a los hermanos, en especial a los más necesitados.

4. «Afrontar la enfermedad y las adversidades de la vida con espíritu sobrenatural», sabiendo siempre que nuestra vida está en manos de Dios, que Él quiere lo mejor para nosotros, aunque en el desarrollo de la misma, en ocasiones, no lo percibamos así. Y que Él sabe mejor que yo mismo lo que me conviene. El ejemplo del que fuera nuestro presidente, Sánchez-Juliá, dirigiendo la Asociación y sus obras con disponibilidad, abnegación y espíritu de sacrificio a pesar de su grave enfermedad es un ejemplo vivo para todos los propagandistas, que no debemos olvidar.
5. «La confianza y la esperanza», que nos permiten perseverar en el trabajo apostólico a pesar de las dificultades, de los sinsabores, y esperar así sus frutos, por pequeños que pudiesen parecer, pues, como afirma San Pablo, «Todo lo puedo en Aquel que me conforta».
6. La implicación en «la defensa de la Iglesia y de su doctrina», que los propagandistas resumimos con la frase «Servir a la Iglesia como desea ser servida».

Para ello es necesario previamente amarla como obra de Dios, esposa de Cristo, santa por tanto, aunque también pecadora por estar formada y dirigida por hombres. Nosotros mismos con nuestras faltas podemos llegar a desfigurar su imagen y ser un obstáculo para que otros se acerquen a ella. A María Santísima, nuestra Madre, Madre de la Iglesia, debemos invocar para pedir por sus miembros, especialmente por quienes tienen mayores responsabilidades dentro de ella, para que sea purificada de toda mancha y pueda seguir siendo anuncio del amor y de la salvación de Dios a la Humanidad.

Pero, de la misma forma, el propagandista debe conocer lo que la Iglesia enseña, el Magisterio que se apoya en la tradición, la sana doctrina, para seguirla, poder actuar a fin de restaurar todas las cosas en Cristo y, como nos recuerda nuestro lema y el apóstol San Pedro, dar razón de nuestra fe a todo el que nos lo pida. De ahí la importancia de la formación, que nunca debe darse por supuesta por el hecho de poseer unos estudios superiores y avanzados en otras materias.

Formación que debe partir de un conocimiento de la historia reciente de nuestro mundo, de las diferentes ideologías presentes en él, las formas de vida, las tendencias, los retos planteados, los



puntos fuertes y las carencias en la cultura dominante, las raíces cristianas de su civilización, etc. Solo desde este conocimiento previo puede hacerse un análisis cabal de la realidad y actuar correctamente en ella.

Dentro de esta formación, el propagandista, llamado a trabajar en diferentes campos concretos de la vida pública, debe también poseer un conocimiento claro de «la Doctrina Social de la Iglesia», especialmente en aquellos ámbitos que sean objeto de su acción profesional o de su compromiso cristiano (política, economía, acción social, enseñanza, etc.), para así orientarlos a partir de sus presupuestos y exigencias.

Los centros, a través de los círculos mensuales que programen, de conferencias en ciclos o individualizadas y de las *Jornadas de Católicos y Vida Pública*, deben colaborar activamente en esta tarea formativa. Ángel Herrera afirmaba sin ambages: «El instrumento más poderoso para esta formación (de los propagandistas) son los círculos de estudio» (OC, 1928, vol. V, p. 279). Y en otra ocasión repetía: «Nada hay que produzca tan buenos resultados para la formación intelectual como los Círculos de Estudio» (Ibídem, p. 268).

Las vidas de los santos, sus escritos y sus biografías, sirven, como no, de orientación y modelo para el propagandista, en especial aquellos que comparten con él parecido ámbito profesional o de apostolado. La Asociación cuenta ya con varios de sus miembros en proceso de reconocimiento pleno de su santidad, comenzando por su primer presidente, don Ángel Herrera, camino de los altares, además de varios beatos (Luis Campos Górriz, Ricardo Plá, Alfonso Sebastía y otros), siervos de Dios, y un número importante de mártires contemporáneos.

Sin embargo, San Pablo, apóstol de los gentiles, ejerce sobre la Asociación un especial patronazgo. Y ello por varios motivos: su encuentro con Jesucristo, causa de su conversión; su espíritu misionero, ejercido en los areópagos y, en general, en el mundo pagano, así como su esfuerzo incansable en promover y conformar las primeras comunidades cristianas fuera de Palestina, afrontando los problemas del día a día de las mismas, muy similares a los

que suelen concurrir en nuestras comunidades, centros y obras de la Asociación. En la oración del propagandista se recuerda precisamente el lema del apóstol («Todo lo puedo en Aquel que me conforta») y se la concluye con una invocación expresa al mismo («Glorioso San Pablo... te pedimos que nos alcances del Cielo espíritu apostólico y un ardiente deseo de hacer y padecer por la gloria de Jesucristo»). Es decir, justamente, aquello que, enamorado de Cristo, él llevo a cabo en su vida misionera. De ahí la conveniencia de la lectura, meditación y reflexión por parte de los propagandistas de las cartas de San Pablo.

7. «Sentido fraternal», especialmente hacia sus propios hermanos de la Asociación. «Amor mutuo entrañable –dice la oración del propagandista– para ser siempre un alma y un corazón, viviendo unidos en un mismo pensar, un mismo querer, un mismo obrar». Don Ángel Herrera, nuestro primer Presidente, recordaba:

«La caridad es vínculo de unión (entre los propagandistas), y si aquella se enfría, fácilmente los individuos y las obras, aun permaneciendo externamente amigos, quedan distanciados entre sí. Hace falta más caridad en juzgar a nuestros compañeros» (*Boletín*, 1936, 218).

Todas estas orientaciones básicas convergen en un tema que estaba continuamente en boca de los fundadores de la Asociación: «la dimensión sobrenatural», transformadora de nuestra propia visión de la naturaleza humana y del mundo. Ella ha de iluminar, así pues, los pensamientos y los actos del propagandista. Ninguno de estos puede estar exento de esa mirada que cambia la realidad y la contempla de distinta forma, desde los ojos de Dios.

# Parte segunda

---

Orígenes y Pensamiento

Antonio Martín Puerta

# Orígenes y Pensamiento

## 1. Situación de España en el momento fundacional

Cuando a partir de 1908 se empezó a fraguar la creación de la que hoy conocemos como Asociación Católica de Propagandistas, había sobradas razones para articular un proyecto que viniese a paliar los serios déficits del catolicismo español. Aunque hubiesen ya surgido notables corrientes renovadoras y destacadas personalidades, aquella España era en muchos órdenes resultado de una secular decadencia, con una Iglesia que venía sufriendo desde hacía prácticamente un siglo el acoso de la legislación.

### 1.1. La situación del catolicismo español

Un notable fondo de anticlericalismo había dado lugar a hechos como la Semana Trágica de Barcelona en 1909, asaltándose más de medio centenar de edificios religiosos, o como la Ley del Candado de Canalejas de 1910, limitando el establecimiento de nuevas órdenes religiosas. El primer caso representaba el formato anticlerical violento y populachero, y el segundo el anticlericalismo institucional. Otra cuestión importante era la división política entre los católicos españoles, asunto que preocupaba seriamente en Roma, perviviendo una fuerte tonalidad integrista reacia a seguir las orientaciones sociales y políticas romanas, de modo que la encíclica *Cum multa* de 8 de diciembre de 1882, que buscaba la unidad entre los católicos, no consiguió nada. Por otro lado, era evidente el atraso del catolicismo social español, frente a la notable consolidación que había tenido en lugares como Alemania, Austria o Bélgica. Cuestión notablemente importante, dada la muy deficitaria estructura social y económica de la España de finales del siglo XIX.